

# El azar y la enfermedad



Con René Vázquez Díaz durante su convalecencia.

Un día de septiembre de 1981 me llamó Artur para que fuese a su casa. Parecía de muy buen humor. Iba a recibir la visita de Matilde Urrutia, viuda de Neruda, y del escritor y político chileno Volodia Teitelboin que habían viajado a Estocolmo para celebrar el décimo aniversario del premio Nobel a Neruda. A Artur lo habían invitado a dar una conferencia en la Universidad de Oklahoma (tal vez porque el poeta Östen Sjöstrand lo había presentado como candidato al prestigioso Neustadt International Prize for Literature que da dicha universidad — aquel año el premio fue finalmente para Octavio Paz) y me preguntó si estaría dispuesto a ir con él. En la reunión no tuvo tiempo más que para decirme: “¿Vendrías conmigo?”. “Encantado”, le dije. “Ya hablaremos”, terminó. No era momento para comentar el viaje.

Pasaron unos días y me dijo que estaba preparando la charla sobre

Anthony Burgess que iba a dar en el restaurante Operakällaren para los miembros del club Rotary. En el curso de ella se desplomó sobre la mesa, víctima de un ataque al corazón. Masaje al corazón, respiración boca a boca y ambulancia.

Cuando Marina y yo nos enteramos, lo primero que experimentamos fue sorpresa porque nada indicaba la inminencia de un fallo en su salud. Fuimos rápidamente al hospital Karolinska y allí vimos el cuerpo sin vida de nuestro amigo. Sólo un par de aparatos daban señales de que vivía. Los médicos no daban ninguna esperanza.

En las visitas siempre nos encontrábamos allí a su esposa, María, que, a pesar de que no recibía la menor respuesta del enfermo, no cejaba en su lectura de poemas, en ponerle la música que sabía que le gustaba. Cuenta así el periodo del coma en su libro *Minnena vakar*:

Estabas ausente y sin embargo no del todo:

yacías con grandes ojos muy abiertos, ojos casi asombrados como si algo invisible hubiera detenido su última impresión visual, tus pupilas estaban opacas, mudas como piedras negras pero en la membrana azulgrís del iris había como una blanco resplandor lechoso,

yacías entubado, no veías nada, no oías nada, no podías moverte, no reaccionabas cuando te hablaban, cuando yo apretaba tu mano no tenía respuesta, pero la mano no estaba fría ni caliente.

sí, todo lo que eras tú, tus expresivos gestos, tu ancha sonrisa, tu entusiasmo por la lucha y la narración, te había sido arrebatado: tu descanso de ti mismo estaba amenazadoramente cerca del más largo de todos los descansos,

tu rostro estaba soñadoramente tranquilo, yacías como “un soñador con los ojos abiertos”, pero dentro de tu propio cuerpo se libraba una batalla a vida o muerte, res-

pirabas agitadamente un momento, dejabas casi de respirar al minuto siguiente para volver a respirar con una insistente violencia que me asustaba,

¿sufirías o no? ¿cómo podía yo saberlo?

Las curvas del electrocardiograma subían y bajaban, se dibujaban como afiladas cimas de montañas en un mapa o como cerros que se arrastraban, tu pulso era muy bajo a veces y a veces demasiado alto,

angustiadamente seguía yo esta lucha de la que tú no eras consciente, temerosa de que la subida y el descenso del pulso y de las curvas del electrocardiograma acabaran de repente, los que repentinamente habíamos sido llamados a tu lecho de enfermo estábamos como paralizados, había como un silencio sacro en torno a ti,

era difícil irse, dejarte solo allí sin poder ayudarte, pero ¿qué podía hacer yo sino irme a casa?

oh, qué vacío y qué silencio vinieron a mi encuentro cuando entré en el piso, no ser recibida por ti en la puerta o no oír el sonido de tu máquina de escribir, y no saber además cuánto iba a durar este vacío, era como si las cosas de la casa ya hubieran empezado a volverme la espalda y una sensación de irrealidad fue invadiéndome —hasta que el teléfono empezó a sonar y sonar: los periodistas eran despiadadamente agobiantes, yo me estremecía cada vez que llamaban, temerosa de contestar y temerosa de no contestar.

Los médicos no tenían ninguna palabra de ánimo que darme, caíste en una crisis grave, el corazón te empezó a fallar y volvía a ser muy doloroso oír tu respiración, todos estaban completamente convencidos de que no te íbas a salvar,

yo seguía yendo a verte mañana y tarde, me negaba a seguir la idea hasta el final — y para sorpresa de todos venciste la crisis, y volviste a respirar con mucha más facilidad,

después de haber estado inconsciente un mes y medio me pareció que habías empezado a reaccionar cuando te leía y que cuando dejaba de leer aparecía como una expresión de oyente en tus ojos como si quisieras oír más, te leía con frecuencia un poema mío, “Despierta lago del bosque”, un poema que sabía que te gustaba,

cuando les conté a los médicos mi descubrimiento no me creyeron, pero yo insistí

y finalmente me pidieron estar cuando te leía y me parece que quedaron convencidos: no era sólo que mis deseos me hubieran engañado, estabas saliendo realmente de tu inconsciencia.

La primera señal de tu despertar llegó poco después, curiosamente fue el mismo amigo, Roland Olsson, que te dio los primeros auxilios con el método de boca a boca, quién también consiguió hacerte sonreír,

una tarde cogió espontáneamente tu mano en la suya y dijo: ¡Artur, te voy a contar una historia divertida! y parecía que la escuchabas porque en seguida se dibujó una sonrisa en tu cara pero se borró rápidamente, animado por esa sonrisa Roland contó otra historia y tu sonrisa volvió a aparecer, yo apenas me atrevía a creer que ya estabas saliendo de verdad de tu inconsciencia, pero tu sonrisa me seguía en mi sueño como una especie de consuelo,



Con esta imagen recibía el regreso de Lundkvist “su” periódico tras la enfermedad.

unos días más tarde te quitaron la cánula y pudiste hablar inmediatamente, tus ratos de inconsciencia se fueron haciendo cada vez más cortos y yo pude mantener conversaciones contigo cada vez más largas y el día de Navidad el director del hospital telefoneó para felicitarme: tanto él como el médico que te atendía estaban ya convencidos de tu recuperación, fue el mejor regalo de Navidad que he recibido en toda mi vida, lloré de alegría y de cansancio entumecido.”

Venció la fortaleza del poeta;  
*Seré muy difícil de matar*, había escrito.

Se recuperaba refunfuñando y protestando por sus limitaciones físicas, pero fue mejorando y escribió un libro de recuerdos del periodo del coma titulado *Färds i drömmen och i föreställning* (traducido al español por René Vázquez Díaz, *Viajes del sueño y la fantasía*, Editorial Montesinos, Barcelona, 1989) en el que los sueños se deslizan sutilmente a comentarios sobre nuestra situación vital. Es el primer libro en que una persona cuenta la vida cerebral que ha tenido durante el coma.

Los expertos sostienen que los sueños surgen al final del periodo de inconsciencia. Pero Lundkvist no estaba de acuerdo: “Yo pienso que estuve soñando todo el tiempo — una interminable serie de sueños sobre viajes, incluso a lugares donde no había estado. Hasta hice un viaje en una nave espacial hasta Sirius, allí me encontré con unos campesinos de Småland que fueron los que me dijeron donde estaba. Se habían llevado vacas, las típicas vacas de su región, y tenían el problema de que el agua era salada. A las vacas les era difícil acostumbrarse al agua. Los emigrantes de Småland iban haciendo zanjas en la tierra para ver si eliminaban la sal pero todavía no lo habían logrado”.

El neurólogo Sten Axdorff, su médico en el hospital Karolinska escribió:

La lectura del libro de Lundkvist sobre su periodo de coma es una experiencia grande y enriquecedora. No puedo evitar asociarlo con la gran obra de Mozart (se refiere a *La flauta mágica*); hay grandes paralelos.

La aparente sencillez y sinceridad de la ópera de Mozart está también en la obra de Lundkvist. Las narraciones, aparentemente tan sencillas y directas del lecho del enfermo y las experiencias reunidas del mundo onírico con toda su enorme riqueza de detalles, cautiva al lector. Pero en la sencillez está escondida la grandeza y los verdaderos abismos metafísicos.